



## CAPITULO VIII.

CAMPAÑA DE 1792.

### SUMARIO.

Estado de los ejércitos franceses á los principios de la guerra.—El que guardaban los de los aliados.—Invasión de los franceses en los Países Bajos.—Derrota de los invasores.—Consternación de los habitantes de París á consecuencia de esta derrota.—Reúnen se en el Rin los ejércitos aliados.—El duque de Brunswick invade á la Francia.—Su línea de avance.—Rendición de Longwy y de Verdun.—Movimientos de Dumouriez.—Descripción de la selva de Argona.—Dumouriez toma los caminos por donde se atraviesa, antes que los prusos.—Lento movimiento de los aliados.—Clairfayt fuerza uno de los caminos.—Replégase Dumouriez á Santa Menehulda.—Derrota de una parte del ejército francés al operar su retirada.—Sitúanse los franceses en Santa Menehulda.—Reúnen se allí sus ejércitos.—Consternación en París y en la retaguardia de las fuerzas francesas.—Cañoneo sobre Valmy.—Retienen su posición los franceses.—Conflicto de los aliados; se resuelven á retirarse.—Diversos motivos que hubo para esto.—Terror que se difunde en París.—Conferencias que se entablan para la retirada de los aliados.—Comienzan á operar su retirada y regresan al Rin.—Operaciones en Flandes.—Bombardeo de Lila.—Se levanta el sitio.—Movimientos en el alto Rin.—Toma de Maguncia por Custine.—Planes para la invasión de



Flandes.—La comiienza Dumouriez.—Batalla de Jemappe.—Lento avance de Dumouriez.—Conquista de Flandes.—Desconfianza que se suscita contra Dumouriez en Paris.—Avance de los republicanos sobre el Escalda y el Mosa.—Toma de Antuerpe, de Lieja y de Namur.—Dumouriez pone á su ejército en cuarteles de invierno.—Violento decreto de la Convencion, y grandes cambios revolucionarios en la Bélgica.—Cruel opresion que ejercen los franceses sobre el pueblo de Flandes.—Rómpense las hostilidades contra el Piamonte.—Conquista de la Saboya y de Niza.—Amagos de invasion sobre la Suiza.—Se difiere.—Medidas para difundir las ideas revolucionarias en Saboya y Niza.—Se las incorpora á la Francia.—Conclusion de la campaña sobre el alto Rhin.—Infructuosas operaciones de los republicanos: vuelven á atravesar el Rhin.—Resultados inmensos de esta campaña.—Conducta precipitada de los aliados.—Funestas consecuencias que produjo la falta de vigor de éstos á los principios.—Gran peligro que corrió la Francia en aquella época.—Reflexiones generales sobre la campaña.

“La paz,” dice Segur, “es el sueño del sábio: la guerra es la historia del hombre. La juventud oye con desden á los que quieren conducirla por el sendero de la razon á la ventura, y se arroja á los brazos del fantasma que la lleva á la destruccion por medio del esplendente brillo de la gloria. (1)” La razon, la cordura, la experiencia, pugnan inutilmente para contener esta propension. Por razones superiores á las leyes de la filosofia, vense menospreciadas en esta parte sus lecciones por la generalidad de la especie humana; y todas las generaciones impelidas por un irresistible impulso, se arrojan á su propia ruina, al buscar en el choque con sus semejantes, un desahogo para sus desenfundadas pasio-

(1) Memorias de Segur, II, 59.

nes. “Aterror é intimidar, dice M. Ferguson, y resistir con entereza cuando no se puede persuadir con la razon, hé aquí lo que constituye las tareas que proporcionan á toda inteligencia vigorosa sus mayores triunfos y su mas activo ejercicio; de suerte que aquel que jamás haya luchado con sus semejantes, carece de la mitad de los sentimientos que animan al género humano.” (1)

Pero cometeríamos un error enorme, si nos imaginásemos que solo calamidades y destruccion producen estas inestinguibles pasiones, y si juzgásemos que ningun bien resulta del movimiento de ellas á las generaciones futuras. No por otro medio que por el de estas tempestades se esparcen las simientes del progreso por el orbe, se confunden las razas de los hombres, y se combina la energía de los habitantes del Norte con la cortesanía que ha introducido la civilizacion entre los pobladores del Sur. En medio de los apuros y los peligros que acarrea la guerra, se desiste de las rancias preocupaciones y se adoptan nuevas ideas; entonces es cuando del seno de la necesidad nace la invencion, y se hacen adelantos en fuerza del estímulo que dá el ejemplo; entonces es cuando por medio de la mezcla de las diversas razas de que consta la especie humana, se mitigan los vicios y la aspereza de que cada cual adolece, y los bienes que resultan de la recíproca comunicacion, se difunden. Roma conquistó al mundo con sus armas, y des-

(1) Ferguson, 89, Sociedad civil.



truyó la ferocidad de sus pobladores por medio de su ejemplo; los conquistadores del Norte infundieron á la corrupcion de la civilizacion antigua el enérgico valor de los bárbaros; las Cruzadas esparcieron en la parte occidental del mundo la instruccion y las artes de Oriente. No fueron menos grandes ni menos duraderos que aquellos, los efectos y beneficios que produjo en favor de la humanidad la guerra que se suscitó á consecuencia de la Revolucion de Francia; recúrrase á sus sangrientos anales, y se percibirá que de ella emanaron los principios que deben variar la organizacion de las sociedades, y conducir al mundo moral á su mayor grado de perfeccion.

Habiéndose decidido la Francia por la guerra, dispuso que se formasen tres Estado de los ejércitos franceses. ejércitos respetables. En el Norte hallábase el mariscal de Rochambeau, con cuarenta mil hombres de infantería y ocho mil de caballería, acantonado desde Dunkerque hasta Filipville. En el centro, desde Filipville hasta Lautre, encontrábase situado La Fayette con cuarenta y cinco mil hombres de infantería y siete mil de caballería; y el mariscal Luckner, con treinta y cinco mil hombres de infantería y ocho mil de caballería, vigilaba las márgenes del Rhin desde Basilea hasta Lautenburgo. Hacia el Sur, el general Montesquieu, á la cabeza de cincuenta mil hombres, tenia á su cargo la defensa de la línea de los Pirineos y las corrientes del Ródano. Pero estos ejércitos solo

eran temibles por su número. La agitacion y el desenfreno que habia introducido la Revolucion habian relajado el freno de la disciplina, y la costumbre que habian contraido las tropas de juzgar por sí y de discutir sobre asuntos políticos, habia destruido la confianza que debian tener en sus gefes. Púdose haber previsto que tan luego como la guerra se hubiese vuelto defensiva, habríase necesitado la mitad de la enunciada fuerza para guarnecer la triple línea de fortalezas que defendian el curso del Rhin de cualquiera invasion estrangera [1].

Sin embargo, el entusiasmo nacional presentó en breve numerosos reclutas para los ejércitos. Las aldeas y los pueblos mandaron sus reducidas cuadrillas de gente armada á la frontera para que engrosasen las filas de las fuerzas que la defendian; veíanse cubiertos los caminos, de batallones de guardia nacional que marchaban con precipitacion al teatro de la guerra. Pero el espíritu público jamás suple la falta de organizacion militar, ni basta el valor cuando no existe disciplina. Cuantos esfuerzos hicieron á los principios los ejércitos franceses, fueron infructuosos; y si hubiesen estado los aliados mejor dispuestos para la lucha, ó hubiesen sabido sacar provecho de las ventajas que obtuvieron, habríase terminado la guerra en la primera campaña (2).

Para resistir á la enunciada fuerza, no tenia

(1) Jom., II, 3. Toul., II, 119. Th., II, 45, 46.

(2) Toul., II, 121. Jom., II, 4.



Fuerzas aliadas. listos los aliados los ejércitos suficientes, y esto es una prueba evidente de que las operaciones militares de que se hablará en el tratado de Plinitz, habian sido abandonadas por las potencias contratantes. El Austria y la Prusia unicamente se presentaron en campaña. La Inglaterra se conservaba aun en una neutralidad completa, y las fuerzas de la Rusia, apartandose del Danubio despues del tratado de Jossy, marchaban lentamente á concentrarse en la Polonia que era el objeto de la ambicion del gabinete moscovita. La España y el Piamonte permanecian en paz: 50 mil hombres formaban toda la fuerza de que podia disponer la Prusia para realizar la invasion de un país tan distante como la Francia; y el emperador, debilitado á consecuencia de su sangrienta lucha con los turcos, pudo apenas reunir sesenta mil soldados, en todo el territorio de las márgenes del Rin, desde el lago de Constanza hasta la frontera de la Holanda.

Los cuerpos de emigrados que se habian reunido en los países de Tréveris y Coblentz y en los dominios del margrave de Bade, llegaban apenas á siete mil hombres muy poco propósito por su rango, para los deberes de simples soldados, en una molesta campaña, y á quienes ademas no se esperaba en el Rhin sino para fines de Julio. [1]

Estimulados los franceses por el insignificante número de tropas que tenia en los Países bajos el Austria, intentaron invadir á Flandes. Dividieron sus

Invasion francesa sobre los Países Bajos.

(1) Jom., II, 17.

fuerzas en cuatro columnas que debian reunirse en las inmediaciones de Bruselas, y el 28 de Abril se movieron; pero por todas partes sufrieron derrotas y desgracias. El general Dillon, que avanzó de Lila con 4 mil hombres, se encontró con un destacamento de Tornay, y antes de que hubiesen hecho una sola descarga los austriacos, ó que hubiese siquiera llegado al campo su caballería, tomaron los franceses la fuga, mataron á su general, y regresaron á Lila en tal desorden, que pusieron en gran peligro á aquella importante fortaleza. El trozo que avanzó desde Valenciennes, al mando de Biron no obtuvo mejor resultado; no bien hubieron dado principio al cañoneo el 29, con las tropas imperiales, cuando huyeron dos regimientos de dragones esclamando: "Nous sommes trahis;" [! se nos vende!] y en breve arrastraron tras sí á la infantería. El dia siguiente atacaron á esta fuerza los austriacos

á las ordenes de Beaulieu, y á la primera arremetida huyeron á Valenciennes, diciendo que se les vendía, y solo Rochambeau, con gran trabajo, pudo conseguir reunirla á espaldas del Ruelle. La masa que debia avanzar de Dunquerque á Furnes, se replegó al oír la noticia de estos descalabros, y el general La Fayette juzgó prudente suspender el movimiento de todo su ejército y volverse á su campamento de Rancenes. (1)

Tales fueron los frutos de la insubordinacion

(1) Jom., II, 16, 17. Th., II, 78, 79, 80. Saint-Cyr, I, 47, 48, Introduccion, Toul., II 121.



y el desenfreno que reinaba en los ejércitos franceses desde que se rebelaron contra su soberano: memorable ejemplo es este, que enseña á las generaciones futuras el extremo peligro que se corre con que los soldados se transformen en políticos, y olviden el honor militar, por afectar cumplir con los deberes sociales. La rebelion de las guardias francesas, que fué la causa inmediata del destronamiento de Luis, condujo á la Francia al borde de su ruina; si el enemigo hubiera sido mas audaz ó hubiera estado mejor dispuesto, la desmoralizacion que produjeron las derrotas de la frontera habria sido funesta para la independenciam de la nacion. [1] Si Napoleon ó Wellington hubiesen estado á la cabeza de las tropas austriacas en Flandes jamas habrian vuelto los franceses á incorporarse á sus banderas; y si los aliados hubieran estado bien impuestos del triste estado en que se hallaban sus contrarios, habrian avanzado sin vacilar, hasta Paris. Ninguna confianza puede tenerse en tropas, aun cuando antes hayan sido escelentes, que han tomado parte en una insurreccion, hasta que se haya restablecido en ellas la disciplina, por medio de una autoridad despótica.

La suma facilidad con que se repelió la enunciada invasion de Flandes, y la vergonzosa derrota que sufrieron las tropas francesas, produjo en Europa un efecto extraordinario. Los Prusos miraron con el mayor desprecio á sus nuevos contrarios, siendo dignos de atencion los tér-

(1) Jom. II, 17.

minos en que se espresaron al comenzarse la campaña. Los militares de Magdeburgo reputaban á las tropas de Francia por una indisciplinada turba. "No compreis demasiados caballos," decia á varios oficiales de graduacion el ministro Bischoffswerder; "porque no durará mucho tiempo la farsa; no tardará en ser esterminado en la Bélgica el ejército de letrados, y estaremos en camino, de vuelta á nuestros lugares, para el otoño." [1]

Los jacobinos y el partido que habia en Paris

en favor de la guerra, se afligieron en sumo grado por la desgracia que sus armas habian sufrido, pero supieron ocultar sus temores.

Fulminaron los rayos de su indignacion contra los autores de los desastres. Dióse orden á Luckner de que remplazase á Rochambeau á quien se destituyó del mando, y establecieronse tribunales que entendiesen en los delitos que contra la disciplina militar se cometiesen. Tomáronse las mas énérgicas medidas para que se reforzase á los ejércitos, y para reanimar el espíritu nacional que se hallaba sumamente abatido á consecuencia de los desastres ultimamente acaecidos, y se mandó á Luckner que de nuevo emprendiese las operaciones ofensivas. (2)

Este anciano general era débil, irresoluto, y poco propio para restablecer la confianza en el ejército. Sus primeras operaciones fueron tan

(1) Hard. I, 357. Saint Cyr, I, 50. Introd.

(2) Jom. I, 19, 21. Th. II, 80. Toul. II, 125.



infructuosas como las de su antecesor, y se vió en la precision, despues de haber sido vigorosamente repelido, de retirarse con precipitacion á su frontera. Al mismo tiempo, la vanguardia de La Fayette fué sorprendida y derrotada cerca de Maubeuge, suceso que puso á su numeroso ejército en un completo desaliento. En aquella época no parecia sino que las operaciones de los generales franceses unicamente dependian de la ausencia del enemigo, supuesto que desistian precipitadamente de ellas en el momento que se presentaba. [1]

Los ejércitos aliados se concentran en las fronteras.

Entretanto, las fuerzas austriacas y prusas se iban reuniendo con lentitud sobre la frontera. El vergonzoso tumulto que tuvo lugar el 20 de Junio, aceleró sus movimientos, y M. Callonne estrechaba incesantemente á los soberanos aliados á que hiciesen avanzar con celeridad sus fuerzas, por ser este el único medio que habia de libertar á Luis de la crítica situacion en que se encontraba. Los prusos se reunieron á las inmediaciones de Coblenz á mediados de Junio: la disciplinada pericia que habian adquirido estas tropas en la escuela de Postdam, y el aspecto marcial de los austriacos que habian vuelto hacia poco de la campaña de la Turquía, parecian prometer un fácil triunfo sobre los tumultuosos resultados de la Francia. [2] La desorga-

(1) Th. II, 80. Jom. II, 22, 23.

(2) Toul. II, 211. Jom. II, 85. Saint Cyr, I, 62, Introd.

nizacion y el desaliento de los ejércitos franceses habian llegado á su mayor grado antes de que se diese principio á la invasion, de suerte que Federico Guillermo contaba á la vez con una débil resistencia y con la magnitud de sus fuerzas.

El duque de Brunswick, á quien se habia confiado el mando del ejército, y que fué de entre todos los generales que hacian frente á la Revolucion de Francia, el que tomó la iniciativa, era un hombre de conocimientos poco comunes. Habia nacido en 1735; era hijo del duque Carlos de Brunswick, y su muger hermana de Federico II de Prusia. Desde muy niño manifestó una extraordinaria aptitud para instruirse, pero desgraciadamente los ejemplos de disolucion que le presentaba la corte, en breve le iniciaron en los vicios y los placeres que procura una vida relajada. Durante los siete años de guerra, tuvo que consagrarse al desempeño de útiles deberes, y se hizo compañero de armas y amigo de Federico el Grande; pero el restablecimiento de la paz volviole á encenagar en el ocio, en el trato con las mancebas y en el goze de los placeres. Sus costumbres sensuales que no lograron corregirle por medio del matrimonio que contrajo en segundas nupcias con la princesa Augusta hermana de Jorge III, rey de Inglaterra, no le hicieron, sin embargo, perder la natural energía de su ánimo. Su conversacion era brillante, su instruccion inmensa, y despejadas sus ideas, las cuales enunbiaba con una lucidez estrema;



pero aunque la viveza de su imaginacion le hacia percibir la verdad con presteza, y anticiparse á cuantas objeciones pudieran oponerse á sus dictámenes, operaba en él el efecto de volverle irresoluto en la práctica, y le inspiraba un continuo temor de que se eclipsase su fama; circunstancia de que adolecen con frecuencia los hombres distinguidos de segundo orden, pero que nunca se observa en los ingenios que se elevan sobre la masa de la especie humana. [1]

Zeloso de su reputacion militar, de la fama que habia adquirido de ser, despues de la muerte de Federico el grande, el príncipe mas capaz de Alemania, se encargó con disgusto de la campaña, porque no queria aventurar una y otra, empeñándose para con la Francia insurreccionada en una lucha cuyos peligros palpaba. Habia tambien ciertos motivos personales que le inspiraban esta repugnancia. Antes de romperse las hostilidades, el abate Sièyes y el partido de los filósofos que habia en Francia, fijaron sus ojos en este príncipe, considerándole como el caudillo mas á propósito para dirigir la Revolucion y desarmar el encono de la Prusia, y aun llegaron á entablar, sobre este particular, negociaciones secretas con él. Es, pues, fácil de imaginarse con cuanto sentimiento emprenderia el duque hostilidades que á la vez que interrumpian las antedichas inteligencias, le privaban de la posibilidad de que llegase dia en que fuese colocado en el

(1) Mirabeau, Cour de Berlin (Corte de Berlin), I, 231. Hard. I, 347, 351.

trono de los Borbones. Preocupado con estas ideas, dirigió una memoria reservada al rey de Prusia, que abundaba en ideas juiciosas é imparciales, sobre la conducta que se debía observar al llevarse á cabo la invasion inmediata, las cuales habrian sido muy útiles á los aliados, si se hubiesen adherido estrictamente á ellas durante la campaña [1 2].

En los proyectos que abrigaban en aquel periodo el gabinete pruso, y el duque de Brunswick, se encuentra el verdadero secreto de los desastres de la campaña, y una causa poderosa de las calamidades que despues se resintieron en todos los puntos de Europa. El primero meditaba en las infames adquisiciones que queria hacer en la

(1) Hard. I, 340, 353.

(2) "Vos comprendéis mejor que yo, cuánto debe influir la disposicion interior de la Francia en el buen éxito de las operaciones de la campaña. Seria conveniente dirigir una proclama á las guardias nacionales, en la cual se las hiciese saber que la guerra que hacemos, no es contra la nacion, que no es en manera alguna nuestro deseo el de destruir su constitucion, sino que en lo que puramente insistimos, es en que se indemnice competentemente á los príncipes alemanes, á quienes se ha despojado en Alsacia. Ese asunto de indemnizaciones atraerá las mayores dificultades, si no podemos lograr del emperador, que acceda á los cambios que se están empezando á introducir en la Polonia. Por lo que á mí hace, prefiero las adquisiciones en la Polonia á cualesquiera que se puedan obtener en Francia, porque la menor intencion que se manifieste sobre engrandecimiento territorial, con relacion á este país, basta para que varie totalmente el espíritu con arreglo al cual se debe hacer la guerra."—Mem. Febrero 19 1792.—Hard. I, 353.